

PARTE CRITICA.

LOS TRES REYES

EN LA CELDA DE Fr. GERUNDIO.

Al fin, contra todos mis cálculos, contra los proyectos y esperanzas de mi lego, no solo no quisieron los Reyes renunciar este año á su fiesta, sino que vinieron á España, á Madrid, y lo que es mas estraño todavía, á la celda de Fr. GERUNDIO. Fácil es concebir la sorpresa y el asombro con que TIRABEQUE me anunciaria la llegada de las tres Magestades á nuestra pobre morada, y no fué menor mi admiracion de verme honrado con la visita de tan ilustres é inesperados huéspedes, los cuales se me presentaron con las propias vestiduras y trages con que los pintan los comentadores de la Biblia y los pintores de asuntos sagrados. No debió ocultárseles la especie de pasmo que su aparicion nos habia infundido, puesto que uno de ellos, al parecer el mas jóven, se apresuró á dirigirnos la palabra en los términos siguientes:

—«Bien conocemos, padre Fr. GERUNDIO, y tú, oh lego TIRABEQUE, que os debe haber sorprendido nuestra venida, y mas cuando ha pasado ya el dia censagrado á nuestra festividad;

pero una vez puestos en viage, y antes de volver á nuestro pais, hemos querido enterarnos personalmente del estado de España, y aun de toda Europa, de que tan grandes cosas por allá hemos oido, y de que vosotros podreis informarnos esacta, fiel é imparcialmente, á juzgar por algunos números de vuestra Revista Europea que á nuestras manos por casualidad han llegado. Por esto, al regresar de Belen, donde hemos ido á cumplir con el santo deber que la iglesia cada año nos impone de adorar al Salvador del mundo y ofrecerle nuestros dones...

—Segun eso, preguntó TIRABEQUE ya algo recobrado, Vuestras Magestades vienen ya de vuelta de Belen...

—Cierto, contestó el segundo; mas dejáos de tratamientos, porque esta visita es de pura confianza.

—Pues ya que tanta confianza nos dispensan vds., repuso TIRABEQUE, me permitirán vds. que les pregunte si por casualidad les ha quedado algun sobrante de esos dones que ofrecieron vds. á nuestro divino Señor allá en Belen. En cuanto á la *mirra*, no sentiré que la hayan dejado toda por allá. El *incienso* no me hace falta tampoco, porque, gracias á Dios, no le uso sino algunos dias en la iglesia. En un caso, quien se lo agradecería á vds. serian los diarios ministeriales, que como todos los dias están con el incensario en la mano sin soltarle nunca, gastando el incienso con tal abundancia para perfumar á sus patronos y bienhechores, que me temo ha de llegar un dia que nos falte para los templos, á esos podria venirles muy bien, asi como á las comisiones del Congreso y del Senado, y á las mayorías de ellos, que en sus contestaciones al discurso de la Corona deben haber agotado todo el incienso de que podian disponer; y asi no les vendria mal el que vds. los proveyeran de algun residuo, si le traen. Por lo que hace al *oro*, que sin duda debe abundar mucho en el pais de vds., si acaso no le hubieran dejado todo allá en Belen, y les sirviera de peso, podrian vds. aliviarse de él con toda confianza aqui en esta celda.

—Aunque no traemos, contestó el mas jóven, sino lo que

hemos creído necesario para continuar nuestro viage, no obstante, si tuviérais en vuestra celda un nacimiento, segun parece ser costumbre en España, aun dejaríamos una pequeña ofrenda al niño que representára el sagrado misterio.

—¡Nacimientos y niños, replicó vivamente mi lego, en la casa de dos religiosos! ¡Dios nos librára! ¿No ven vds. que es cosa que desdice, y que se interpretaría.....?

—Pues bien, dijo el mismo, si hubiera nacimiento en el palacio de vuestros Reyes....

—Tampoco, no señor, ¡ojala le hubiera allí! Pero una sola vez nos hicieron concebir esperanzas de que le habria, y con mucho sentimiento nuestro nos anunciaron luego los ministros y los médicos que se habia deshecho todo. ¡Qué mas quisiéramos nosotros sino que hubiese un nacimiento siquiera en el palacio de nuestros Reyes!

—No juzgueis, señores, dije entonces, yo FR. GERUNDIO, no juzgueis, al oír las palabras de mi lego, que os habeis dirigido á gente codiciosa, interesada y avara, sino á quien satisface y basta su modesta medianía. Si oro trajérais á España, yo os rogaría que lo destináseis á cubrir las necesidades de nuestra nacion, que buen menester habria de ello. Porque habeis de saber, ilustres señores (y comienzo á llenar vuestro deseo informándoos algo del estado de nuestra España), que aqui no hay oro ni sacrificios que nos basten ni alcancen; y en prueba de ello que hace muy pocos dias nos dijo nuestro ministro de Hacienda, en la discusion de la contestacion al discurso del Trono, estas notables palabras que tengo clavadas en mi alma: «Yo, señores, convengo en que hay necesidad de hacer *grandes sacrificios*, y que si la nacion española ha de llegar á ser tan rica como está llamada á serlo, si ha de tener la importancia que debe tener... es menester hacer *grandes sacrificios*. . . Tenemos, si (repitió otra vez), que hacer *grandes sacrificios* (1).» Cuya repeticion de *sacrificios* os dará la mas clara prueba

(1) Discurso de Mon en la sesion del 2 del corriente.

de que el ánimo de nuestro ministro es acabar de *sacrificarnos*. Y como los sacrificios de los ministros de Hacienda son siempre sacrificios de oro, por eso os digo que si algo ó mucho del vuestro os sobrara, os agradecería mucho que lo destinárais á hacer menos costosos los *grandes sacrificios* de que parece estamos amenazados.

— Señores Magos, repuso mi lego, no sería yo el que aconsejaria á sus Magestades que entregaran el oro á quien cuanto mas oro recibe mas sacrificios impone. Y si no, vean vds. el modo de discurrir que tiene nuestro ministro: *si la nacion española ha de ser rica, es menester que haga grandes sacrificios*. Yo no sé si allá por el Oriente, de donde vds. deben venir, se hará mas rico un hombre cuanto mas dinero le saquen; á lo menos de mí sé decir que el que quiera acabar de dejarme pobre (que ya lo soy bastante para servir á vds.), no tiene sino pedirme unos cuantos sacrificios. Y no sino sacrifiquen otro poco á la nacion, y verán qué rica y qué bien acomodada queda.

—Segun eso, replicó uno de los monarcas, debereis estar bien tristes los españoles.

—No señor, contestó PELEGRIN, todo al contrario. Especialmente allá por las altas regiones, la gente se divierte que es un contento. S. M. la Reina suele dar bailes y conciertos cada martes y cada jueves, á los cuales van siempre los ministros. ¡Oh! si vds. piensan permanecer algun tiempo aqui en Madrid, pueden vds pasarlo perfectamente divertidos, y no les faltará aléo. Miren vds., el otro dia, justamente el dia 6, el de la fiesta de los Reyes Magos, traia el *Heraldo* un párrafo muy curioso que decia asi: «En el baile que anteanoche tuvo lugar en los salones del Real palacio, fué la concurrencia mas numerosa que en los anteriores.... Los ministros de S. M. se hallaban, como siempre, en esta regia funcion. Esta noche se dará el gran baile anunciado ya en los salones del embajador francés: mañana en casa de la señora condesa de Montijo; el lunes le habrá en la del señor marqués de Miraflores; el mar-

«tes dará el baile que tiene de costumbre el señor marqués de Casa-Bayona; el miércoles se abrirán los salones de S. M. la reina madre; el jueves se verificará el gran baile en el Real «palacio.»

De manera que vds., señores monarcas, que naturalmente serian convidados á todos ellos, bailarían la polka cada noche de la semana en una parte, como les sucede á los ministros; y aqui ya casi no se cuentan las semanas por dias, sino por bailes. Con que vean vds. si se podian divertir grandemente. Y ahora, aunque sea mala pregunta, ¿me dirán vds. si han venido á España por tierra, ó por mar?

—Hemos venido, respondió uno de ellos, parte por mar y parte por tierra.

—¿Y encontraron vds. acaso, preguntó TIRAREQUE, los buques que conducian unos cuantos centenares de españoles que iban desterrados á Filipinas?

—Desterrados no, PELEGRIN, le dije yo.

—O confinados, señor.

—Tampoco confinados.

—O deportados, mi amo.

—Tampoco deportados, hombre. No parece sino que no has oido al ministro de la Gobernacion, antes don Luis José Sartorius, hoy conde de San Luis, el cual ha dicho clara y distintamente que eso de enviar á Filipinas no es mas que un *cambio de domicilio* (1). Asi, señores monarcas, lo que ha querido preguntaros mi lego es si habeis encontrado por esos mares á unos cuantos españoles, á quienes el gobierno ha tenido por conveniente hacer *cambiar de domicilio*, no como pena, que pena no es hacer á un hombre, ó á quinientos, pasar del domicilio de España al domicilio de Filipinas, sino como medida política.

—En los mares, dijo uno de los tres Reyes, no hemos ha-

(1) Discurso del señor San Luis en la sesion del 4.

llado los buques de que nos hablais. Pero en cosa de una hora que nos detuvimos en *Singapoore*, encontramos bastantes españoles que nos informaron iban desterrados á Filipinas.

—Esos debian ser, replicó mi lego; aunque segun el conde de San Luis no iban desterrados, sino que iban á *domiciliarse*. Y supongo que los encontrarian vds. bastante bien vestidos y equipados, muy conformes con su suerte, y aun alegres y gordos.

—Todo al contrario, repuso el monarca; hallámoslos tan ligeros de ropas como de carnes; algo mas desesperados que conformes y alegres, si hemos de juzgar por las interjecciones con que los españoles, segun nos han dicho, suelen desahogar el mal humor: y en cuanto á gordos, parecióronnos bastante mas escuálidos que obesos, y tan macilentos y enjutos, que dudamos por un rato de venir á un pais que tan mala muestra de sus vivientes y moradores nos presentaba.

—Eso debió consistir, repliqué yo, en que los habrian enflaquecido los vicios á que sin duda se habian dado en la travesía, porque al embarcarlos en Cádiz, el gobierno cometió el desacierto de proveerlos, no solo de decente vestido y abundante alimento, sino de darles hasta para satisfacer sus vicios. Y asi esas interjecciones que vds. les oyeron no debian ser signos de enojo y de desesperacion, como vds. equivocadamente interpretaron, sino abundancia de humor, y desahogos y solaces de gente holgachona, regalona y viciada, á quien le rebrinca y retoza dentro del cuerpo una dicha á que no estaban acostumbrados en su anterior domicilio, segun nos los pinta el dicho conde de San Luis (1).

—No debia ser tanta, repuso el mago, ni tener para tantos vicios, cuando yo ví á algunos andar recogiendo hojas de árbol para fumarlas envueltas en papel escrito.

—Tambien en eso, dije yo, han debido vds. padecer equi-

(1) Idem, ibidem.

vocacion, puesto que segun el conde de San Luis, en el propio discurso, tuvo la generosidad y la prevision de proveer á cada uno de aquellos individuos de seis libras de tabaco (y no sé como no añadió que habia sido de regalía), para que no les faltára que fumar en todo el viage. Y lo singular es, ilustres señores, que todos estos obsequios, galanterías y finezas los dispensó el gobierno á unos hombres, que ademas de revolucionarios eran ladrones, asesinos y vagos, y gente perdida y de mal vivir (1); que si hubieran sido gente un poco decente y honesta, no sé á donde hubiera llegado su liberalidad.

—Señores, exclamó á esto TIRABEQUE, aténgome á lo que dicen vds., á quienes creo algo mas que á San Luis con toda la santidad que se ha echado encima; y díganle vds. á este santo del nuevo *Flosantium*, que si á él le dieran para tabaco de la misma manera que él dió á los que envió al domicilio de Filipinas, ya veríamos si iba tan contento y alegre como los pinta y supone. Y lo único que estraño y no entiendo es cómo vds. hayan podido venir de Belen á España en tan corto tiempo por ese Singapore, que tengo para mí que no ha de ser el camino mas derecho.

—Como somos Magos, replicó el Rey Melchor, todos los caminos son cortos y breves para nosotros. Y ahora decidnos si os place (porque asi comenzaremos á conocer los hombres y las cosas de España), ¿qué tal fué ese discurso de vuestro ministro de la Gobernacion que tanto nos habeis citado?

—Para que podais, ilustres Principes, les dije yo, formar vuestro juicio crítico acerca de este discurso, os leeré lo que sobre él decia un periódico titulado *El Heraldo*. «Los honores «(decia) de la discusion politica de que nos ocupamos, por confesion de todos, amigos y enemigos, corresponden al señor «Sartorius..... El discurso del señor ministro de la Goberna-
«cion fué al mismo tiempo una *elocuente defensa* de los actos

(1) El mismo en el propio discurso.

«del gobierno, una *refutación irrefragable* de todos los cargos «aducidos por el señor Cortina contra él, y una *admirable disección* de ese cadáver que se llama aun hoy partido progresista..... El desarrolló los puntos principales con *elocuencia ardiente*, con *severa lógica*, y revistiendo sus argumentos «incontrovertibles con esas altas consideraciones de política, «que indican al *verdadero hombre de estado*, al *verdadero hombre de gobierno*..... Hizo una *profunda impresión* en los bancos que ocupa el partido progresista, y arrancó *repetidos y elocuentes aplausos* á los que ocupa el moderado (1).»

—Y dijo Melchor: ¡«Conócese que debió ser un discurso admirable!

—Pero oid ahora, señor don Melchor, lo que decia de este discurso otro periódico titulado *El Exámen*. «El discurso del «conde de San Luis, ¡*extraordinariamente vulgar*, fué oido «con poca atención; *digno castigo de su pasmosa osadía*. Los «amigos personales del señor Sartorius le hacian coro, en tanto que los demas *se entregaban al descanso* en el salon de «conferencias (2).»

—Y dijo Melchor: «Segun eso, el discurso fué *extraordinariamente vulgar*.

—Pero oid, le dije yo, el juicio que de él hizo otro periódico titulado *La España*. «El señor Sartorius nos ha sorprendido «ayer, y no solo á nosotros, sino tambien á la mayoría, y á la «minoría, y á las tribunas. Desde el principio de la legislatura «se habia notado que el jóven ministro iba tomando altura en

(1) HERALDO del 3. Siento no haber tenido el gusto de ver los *aplausos elocuentes* (cuyo género no conozco) que daban *los bancos* que ocupa el partido moderado.

(2) EXAMEN del 5. A este órgano se le ha ahogado la voz posteriormente. Vivió 9 dias una vida llena de trabajos y penalidades. El gobierno le mató á pesadumbres. Tres números le fueron recogidos, y tuvo cuatro denunciados, con mas una querrela criminal. Dios le dé mas felicidad en el otro mundo que en los breves dias que pasó en este.

«sus peroraciones parlamentarias; pero la de ayer *sobrepaja á todas las demas.....* Muy largo fué el discurso del ministro de «la Gobernacion, y á pesar de todo, *ni un solo momento notamos sintomas de cansancio ó de impaciencia* en el Congreso. «El orador trató todos los pormenores que han jugado en la «discusion, con sosiego, con aplomo, salpicando frecuentemente su discurso de chistosas insinuaciones, unas veces picantes, «otras dejándose llevar de movimientos oratorios de excelente «efecto, ya *ingenioso*, ya *ameno*, siempre *fácil*, *limpio* y *correcto*, como buen orador meridional..... Ayer ha conquistado «para siempre y de una manera definitiva su posicion política «en el gran partido conservador (1).»

—Y dijo Melchor: «Ahora veo que esa peroracion debió ser feliz y sublime.

—Pero oid, le respondí, el análisis que de ella hizo otro periódico titulado *La Reforma*. «Tomó la palabra el señor ministro de la Gobernacion, con ínfulas de responder á los severos cargos que sobre política interior dirigió al ministerio «el señor Cortina. Pero luego dejó de seguir el orden de los capítulos, agarrándose por la sesta ó séptima vez á un argumento, que por haber sido contestado victoriosamente otras «tantas veces, *causaba tedio el oirlo.....* Despues de haber «estado insistiendo *hasta la pesadez y el fastidio* en un asunto «sobre el cual se habian dado las mas completas esplicaciones... «Como es público que el señor Sartorius *desconoce todo género de discusion*, pues no sabe mas que acometer, en lugar de «examinar lo que se le diga, prefirió el reto sobre hechos «de una época, á la cual nadie se referia por entonces. Por «esta razon *nadie le hizo caso durante un largo espacio de tiempo* (2).»

Añadid á esto, señor don Melchor, lo que sobre el mismo discurso decia otro periódico titulado *El Clamor Público*. «Na-

(1) ESPAÑA del 5.
(2) REFORMA del 5.

«*da hubo de nuevo* en el discurso del señor Conde. Voivió á «repetirnos lo de las protestas tardías del partido progresista, «*cargo tantas veces refutado victoriosamente*..... El señor ministro no ha podido aun comprender la autorizacion, y perdemos ya la esperanza de que la comprenda.... Nos causan lástima «*tanta obcecacion y tanta ignorancia de las leyes patrias*... «*Muchas cosas sumamente originales* hubo en el discurso del «señor Sartorius.... Como no sabe hablar sin el tema obligado «de las disidencias..... (1).»

Y dijo Melchor: «¿Sabeis, FR. GERUNDIO, que por el juicio crítico de vuestros periódicos me quedo en ayunas de si un discurso ha sido muy malo, ó ha sido muy bueno, ó ha sido mediano, ó fuerte, ó flojo, ó pálido, ó vivo, ó desaliñado, ó elocuente, ó razonado, ó falto de lógica y de razones?

Y dijo Gaspar: «¿Y sabeis, FR. GERUNDIO, que á mí me sucede lo mismo?»

Y dijo Baltasar: «¿Y sabeis que á mí me sucede otro tanto?»

Y dije yo FR. GERUNDIO: «¿Y sabeis, ilustres soberanos, que á mí me acontece lo propio?»

Y dijo TIRABEUQUE: «Puessi vds. con ser reyes y magos, y con toda su mágica blanca y negra (pues la de vd. señor don Melchor, debe ser negra, siendo vd. un rey tan negro), no aciertan á sacar en limpio de los periódicos si un discurso fué bueno ó malo, ya no me maravilla que siendo yo un pobre lego sin mágica de ningun color, me atonte y vuelva loco sin saber á qué atenerme ni qué juicio formar.

—¡Oh ilustres Reyes de Oriente! exclamé yo FR. GERUNDIO: si quereis tener una regla cierta é infalible para adivinar sin necesidad de hacer uso de vuestra mágica, el juicio crítico que de cada orador y de cada discurso han de hacer los que aquí en Occidente llamamos órganos de la opinion pública, averigüad primero de qué color, partido ó fraccion política es cada ora-

(1) CLAMOR del 5.

dor, y tened por cierto y seguro que al día siguiente leereis en los diarios del partido del orador, que estuvo sublime, inspirado, arrebatador, inimitable, que se escedió á sí mismo, que su discurso fué un torrente de elocuencia, que pulverizó todos los argumentos de sus adversarios, que con razones incontrovertibles y con un arsenal de datos irrecusables, espuestos con severa lógica, con luminosa claridad, y colocando la cuestion en su verdadero terreno y elevándola á su mayor altura, batió á su competidor, y le venció y arrolló en todas sus posiciones, llevando el convencimiento por todas partes, captándose la admiracion de todos, y arrancando numerosos aplausos. Los órganos de la fraccion contraria de seguro os dirán que el orador estuvo vulgar, humilde, y hasta rastrero, que nunca le han visto mas desgraciado, que no hizo sino divagar, que no emitió una idea nueva, ni deshizo uno solo de los graves cargos que se habian fulminado contra la mala causa que defendia; difuso, incorrecto, tan falto de razones como de recursos oratorios, el disgusto, la indiferencia, el cansancio con que era escuchado en los bancos y en las tribunas, revelaban bien claramente su vergonzosa derrota. Para los unos, diga lo que diga, y dígalo como quiera, todo es grande, sublime, elocuente y magnífico. Para los otros, como quiera y lo que quiera que haya dicho, todo ha de ser pequeño, raquítico, desmadejado y pobre.

Por lo cual, ¡oh escelsos Monarcas! mientras no haya mas imparcialidad en los órganos de la opinion pública, capaces de volver loca, no solo la opinion pública, sino la opinion de los mismos Reyes Magos, yo os aconsejaria que si quereis formar vuestro juicio acerca de estos debates oratorios, leais cada discurso como ha sido en sí y sin comentarios. En mi Parte Histórica hallareis los tres mas notables que en mi humilde opinion en esta legislatura se han pronunciado, que son los de los señores Cortina, marqués de Valdegamas, y duque de Valencia.

—Así lo haremos, dijo el rey Gaspar. Pero tendríamos gus-

to en asistir á una discusion que no puede menos de ser interesante.

—Por lo que hace al Congreso, ilustres señores, ya llegais tarde, porque se cerró la discusion la víspera de vuestra festividad, y no sé cuando volverán á abrirse sus sesiones, pues el presidente anunció aquel dia que no habia asuntos pendientes que tratar, cuando creíamos que todos los asuntos estaban pendientes despues de cerca de un año que no teníamos Córtes. Pero en cambio aun llegais á tiempo de poder asistir á esa misma discusion en el Senado.»

EL RAOUT.

Durante este último razonamiento, TIRABEQUE habia desaparecido sin que casi yo mismo lo notára. A poco rato volvió á entrar, y dirigiéndose á los augustos huéspedes les dijo: «Señores Reyes Magos; vds. naturalmente vendrán fatigados de tan largo viage, y aun es de suponer, sin que sea mi ánimo ofender á sus mágicas personas, que traerán gana de tomar una friolera. Por lo mismo, y contando con latácita demi amo, he dispuesto un pequeño obsequio, en lo que nuestra pobreza permite, que espero se dignarán vds. aceptar, pasando á esta pieza inmediata. Siento no poder agasajar á tan altas magestades como ellas se merecen; pero la intencion y la buena voluntad suplirán lo que falte... á la cosa.»

Sorprendido me dejó, á mí FR. GERUNDIO, el inesperado convite de mi lego; admiré su prevision, aunque temiendo que hubiera hecho alguna inocentada que me abochornára, como ya me abochornó el ver que no habia hallado otro término ó frase con que acabar su discurso de invitacion que aquello de

«lo que falte á la cosa.» Rogué no obstante á los ilustres huéspedes que se dignáran admitir el agasajo de mi lego, que no podia menos de ser humilde, y habiendo ellos tenido, previas algunas excusas, la alta bondad de condescender á nuestros ruegos, pasamos todos á la pieza designada por TIRABEQUE. Este tenia preparados sobre una mesa unos pocillos de chocolate, unas tazas de té, unos dulces que nos habian regalado unas monjas, varias copas con agua, y algunas otras para vino, con una botella que por milagro habia escapado intacta de las fiestas de Navidad. Avergonzéme yo, como ya lo esperaba, pero TIRABEQUE se anticipó á mis excusas diciendo con mucho desparpajo:

—«Señores Monarcas, vds. disimulen la cortedad, pero es lo único que hay en casa. Yo bien quisiera obsequiar á vds. con una brillante *soirée*, y con un abundante *buffet*, ó un espléndido *raout*.....

—¿Y qué es *raout*? preguntó el rey Baltasar; porque los árabes no entendemos estas voces. Y asi seria bien que nos lo dijérais en español.

—Eso es lo que yo no haria, aunque lo entendiera, contestó TIRABEQUE. Lo que sé decir es que si vds. han de estar algun tiempo en España y en Europa, necesitan irse acostumbrando á estas voces que no sé de qué lengua hayan venido, y aun pienso que no lo sabe ni el mismo marqués de Miraflores, que es el hombre de los *raouts*. Y por ahora tomen vds. de lo presente lo que mas les acomode y guste, con toda libertad y franqueza.»

Hiciéronlo asi los Magos, teniendo nosotros la satisfaccion de oír de sus reales bocas un elogio de la buena calidad, elaboracion y gusto de nuestro caracas, único regalo digno de Reyes de que puede hacer lícito alarde un Reverendo. La confianza que inspira el sentarse juntos á una mesa me animó á decirles:

—«Bien quisiera, señores, en debido agradecimiento de haber honrado con vuestra augusta presencia esta mi humilde

vivienda, poder ofrecer á cada uno de vds. un trono de los que se hallan vacantes en Europa. Mas ya que no me sea dable disponer de ellos, me contentaré con indicarles dónde podrian vds. irse acomodando para no tener necesidad de volver á la Arabia. Por de contado uno de vds. puede tener buena colocacion en Alemania, donde hace tiempo que andan en busca de emperador y no encuentran uno que bien les cuadre; por que el rey de Hannover se opone á que lo sea el rey de Prusia; el rey de Baviera se opone á que se nombre al emperador de Austria, y el de Austria y el de Prusia se están sirviendo mutuamente de estorbo: el norte de Alemania se opone al medio-dia de Alemania, pero como vds. son de Oriente, podrá ser que agradezcan que se presente un tercero en discordia; y aun por lo que tarda en formarse el imperio y en vista de la marcha que va llevando la nacion alemana, sospecho que ni imperio ni union ha de haber hasta que vaya un rey Mago á constituirlos.

Otro de vds. pudiera acomodarse en Hungria, que separada del imperio austriaco por ciertas pequeñas desavenencias que han ocurrido, se encuentra sin rey, y sin saber qué hacerse de sí misma. Creo que los húngaros recibirian mejor y con mas gusto al Rey Negro que al rey Francisco José.

El tercero podrá acaso ingerirse en Sicilia, cuyo trono se ha declarado vacante, y no ha sido posible hallar quien le ocupe. Se dió al hijo segundo de Carlos Alberto de Cerdeña, y no ha podido ir. Se trató de darle al hijo segundo de Fernando de Nápoles, y tampoco ha cuajado. La Francia y la Inglaterra han querido meterse á arreglar este negocio, y lo que han hecho ha sido embrollarlo de manera, que no hay medio de salir del atolladero; y hasta la España últimamente, por medio de su embajador el duque de Rivas, ha querido echar tambien su cuarto á espadas en representacion de los derechos eventuales de la dinastía reinante á la corona de aquel pais. Creo, pues, señores, que la Francia y la Inglaterra están entreteniendo la cuestion hasta dar tiempo y lugar á que se presente un rey

Mago que corte las disputas ocupando el trono de Sicilia.

Si alguno de vds. no pudiera encontrar colocacion en los referidos tres tronos vacantes, nos queda todavia el de Roma, pues una vez que la Ciudad Santa parece que no quiere un Rey-Pontífice, podrá ser que quiera un Rey-Mago. Aunque á hablar con franqueza, señores, á esta empresa yo no podria ayudar á vds., pues como eclesiástico y religioso que soy, si algo pudiera lo emplearia todo en favor de mi venerado Papa Pio IX, y casi estoy por decir lo que nuestro marqués de Valdegamas: «es necesario que el rey de Roma vuelva á Roma, «ó que no quede en Roma piedra sobre piedra (1).» Pero á pesar de esto, señores, si se convoca en Roma la Constituyente para determinar qué clase de gobierno ha de regir á los romanos, podrá ser que se acuerde la monarquía, en cuyo caso pudiera muy bien tener cabida alguno de vds., salvo que los desecháran Sterbini y el príncipe de Canino, que no están por ninguna clase de reyes.

Siento, señores, que no haya la posibilidad mas remota de poder colocar á ninguno de vds. en el trono de Francia, que tambien se halla vacante, porque alli ya no hay monarquía posible de ningun género.

—¡Cómo! exclamó el rey Gaspar. «¿Están condenados los franceses á no tener ya rey nunca, ni emperador, ni cosa equivalente? ¿Y quién ha podido pronunciar sobre la Francia esta sentencia fatal?

—¿Quién? contesté yo; quien puede: nuestro marqués de Valdegamas, de quien acaso tendreis alguna noticia bajo el nombre de Donoso Cortés. Oid, Reyes Magos, oid su fatídica sentencia: «La monarquía de derecho divino concluyó con Luis «XVI en un cadalso: la monarquía de la gloria concluyó con «Napoleon en una isla: la monarquía hereditaria concluyó con «Cárlos X en el destierro: y con Luis Felipe ha concluido la «última de las monarquias posibles, la monarquía de la pru-

(1) Discurso del marqués de Valdegamas en la sesion del 4.

«dencia (1).» Con que ya veis, amigos monarcas, que no habiendo ya en Francia monarquía posible, porque lo dijo el marqués de Valdegamas, en vano sería querer proporcionarnos aquel trono.

—Alto ahí, mi amo, exclamó entonces TIRABEQUE. Con permiso del señor marqués de Valdegamas digo, que todavía hay una monarquía posible en Francia....

—¿Y cuál es? le pregunté yo.

—La monarquía de los Magos, me contestó TIRABEQUE; única que pudo salvarse de la destrucción general de monarquías que hizo el señor marqués, y por lo mismo debe corresponder por línea derecha á estos señores.»

Diéronle los tres reyes muy cumplidas gracias á mi lego por la idea feliz de haber hallado un medio de salvar siquiera una monarquía de la boca asoladora del diputado español, y que afortunadamente esta monarquía, única que se le olvidó destruir, fuese la suya. Con cuyo motivo bebieron todos tres una copa á la salud del lego TIRABEQUE, conservador de la dinastía maga.

—«Felicítome, señores, les dije, de la oportuna idea de mi lego; pero debo deciros, que aun supuesta la posibilidad de vuestra monarquía, no podreis ocupar ni el trono de Francia, ni ningun otro de Europa, sin que vengais dispuestos á ejercer el mas duro y atroz despotismo, el despotismo mas feroz que pueda concebirse ni imaginarse.»

—¡Cómo! exclamó el rey Baltasar: pues qué, ¿no se puede ser rey en Europa sin ser déspota? Esta cualidad, que se tenia por propia de los reyes de Oriente, ¿es ahora tan necesaria en los de Europa?

—Y tanto, señor don Baltasar, que el despotismo de los sultanes de su país de vds. es miel y manteca, comparado con el que ahora se necesita en el mundo. Y en prueba de ello, oid, Reyes Magos, oid la sentencia del marqués de Valdegamas ful-

(1) El mismo en el propio discurso.

minada desde las alturas católicas: «El mundo camina con «pasos rapidísimos á la constitucion de un despotismo el mas «gigantesco y asolador de que hay memoria en los hombres. A «esto camina la civilizacion, y á esto camina el mundo. Para «anunciar estas cosas no necesito ser profeta. Me basta consi- «derar la combinacion pavorosa de los acontecimientos huma- «nos desde su único punto de vista verdadero, desde las altu- «ras católicas.... Señores, las vias están preparadas para un «tirano gigantesco, colosal, universal, inmenso; todo está pre- «parado para ello: señores, miradlo bien, ya no hay resisten- «cias físicas ni morales.... (1).» Vosotros, que venis ahora de Belen, y habreis estado acaso en el Gólgota y en el Sinaí, que son dos alturas católicas, podreis quizá haber visto tambien esas *pavorosas combinaciones* y esas *vias preparadas* para el despotismo.»

Y dijo Melchor: «Pues en ese caso nadie debe ser llamado al imperio del mundo mejor que un rey negro, que es quien puede proporcionar el despotismo mas *pavoroso* posible. Y así reclamo para mi el trono del mundo, porque vosotros, mis amados compañeros, segun el marqués de Valdegamas, no de- beis servir para ello.

Y dijo Gaspar: «Pero no ha de quedar alguna libertad si- quiera á los hombres?

Y dije yo FR. GERUNDIO: «¿Libertad? la libertad acabó; el marqués de Valdegamas ha asistido á su pasion dolorosa: él la ha visto ir llorando por las montañas de Suiza como las hijas de Sion; la ha visto caminar desgredada y hecha una miseria por las orillas del Sena la ha visto sufrir cinco mil azotes en las márgenes del Rin y del Danubio, la ha visto beber hiel y vinagre en el Tiber, y por último la vió subir al Quirinal, que ha sido su Calvario (2). Lo único que me da alguna esperanza de que la libertad no haya dado todavia el último suspiro, es

(1) El mismo en el mismo.

(2) En el consabido discurso.

que al día siguiente de esto nos dijo el duque de Valencia que no era cierto que la libertad hubiera perecido, que todavía vivía (1).

Y dijo Melchor: «Aténgome al marqués de Valdegamas, que la ha visto con sus propios ojos perecer en el Calvario. Y así, por derecho de Rey Negro reclamo la tiranía gigantesca, asoladora, pavorosa, universal, colosal é inmensa del mundo.»

Y dije yo FR. GERUNDIO: «Pues bien, rey Negro, ¿jurais defender, como el señor marqués de Valdegamas, que la dictadura en las circunstancias en que el mundo se encuentra, es un gobierno *bueno*, un gobierno *provechoso*, un gobierno *racional*, que puede defenderse en la teoría como en la práctica, y que Dios nos da el ejemplo de obrar *dictatorialmente*?»

Y dijo Melchor: «Si juro.

—Pues bien, si así lo jurais, réstaos solo que vayais al marqués de Valdegamas para que os ponga en posesión del despotismo gigantesco y pavoroso, asolador, universal, colosal é inmenso: y no temais que él lo quiera para sí, porque él ha dicho que está incapacitado para gobernar, y que aprueba la dictadura, pero que no puede ejercerla.»

Y dijo Melchor: «¿Y dónde encontraré yo ahora al marqués de Valdegamas?»

Y dijo TIRABEQUE: «Mire vd. señor don Melchor; no vaya vd. á buscarle *por el camino de la ambición, tan lleno de gentes*: pues en ese camino ha dicho que nadie le tropezará: búsquele vd. en tal caso en el camino de los marquesados, de las grandes cruces y de las embajadas, y allí de seguro le encontrará vd.; pero en el de *la ambición*, de manera alguna.»

Entró con esto el rey mago en deseos de leer el discurso del marqués de Valdegamas, que en tan favorable situación le pintaba el mundo para ser gobernado por un dictador ne-

(1) Discurso del duque de Valencia en la sesión del 3.

gro con despotismo el mas gigantesco, asolador y pavoroso que hubieran conocido los mortales.

Y como el rey Gaspar manifestára los mismos deseos, parecióme justo, á mí FR. GERUNDIO, ahorrarles la molestia, leyéndosele yo á todos tres por el Diario de las Sesiones, donde mas largamente se contiene. Concluida su lectura,

Dijo Gaspar: «Confiésoos, FR. GERUNDIO, que no he podido entender ese discurso.»

Y dijo Baltasar: «Ese hombre debe ser más mago que nosotros, cuando de tal manera se remonta y encarama por los paralelismos, que no podemos comprenderle ni alcanzarle.»

Y dijo Melchor: «Como soy negro, y no soy español, sin duda por eso no he podido entender lo que nos habeis leído.»

Y dijo TIRABEQUE: «Es que yo soy español y blanco, aunque algo trigueño, y tampoco lo he podido entender, y eso que lo he leído tres veces. Y me alegro de que á vds. les haya sucedido lo que á mí, por que de esta manera ya no me avergonzará mi amo. Pero conozco que debe ser cosa de mucho mérito, y que á un hombre que hace un discurso que no solamente no le entienden los españoles, sino que deja en ayunas á los mismos Reyes Magos, no se le puede pedir mas, y bien puede gloriarse de haber conseguido lo que consiguen pocos, que es hacer unos paralelismos tan paralelismados, que no hay paralelismador que los paralelisme mejor.»

LA BATALLA DE PAVIA.

Terminado el refresco, nos volvimos todos al gabinete gerundiano, donde tomando de nuevo la palabra TIRABEQUE, dijo: «Mucho siento, señores, que no hayan vds. venido un par de dias antes, porque hubieran podido asistir á la batalla de Pavia, que se dió ayer mismo.

—¡Oh! exclamó el rey Baltasar, ¡la gran batalla de Pavia! honra y gloria de las armas españolas; donde vuestro rey el emperador Cárlos V venció é hizo prisionero á Francisco I de Francia; que fué cuando escribiendo el vencido monarca á su esposa la reina, le dijo aquellas célebres palabras: *todo se ha perdido menos el honor*. ¡Oh! fué muy famosa la batalla de Pavia! ¿Pero cómo ha podido darse ayer esta batalla, si se dió hace ya mas de tres siglos, el dia de San Matías del año 1525, si mal no me acuerdo?

—Aquella fué una batalla de Pavia, señor don Baltasar, contestó TIRABEQUE, y esta ha sido otra. En esta se han batido cuatro ó cinco generales, pero la presenciaban mas de otros cuarenta, que contribuyeron á decidirla, y lo particular es que todos eran españoles.

—¡Qué lástima! exclamó el rey Gaspar; ¡y cuánta sangre se habrá derramado!

—Ni una gota, señor don Gaspar, contestó PELEGRIN. Lo cual no debe causar á vds. maravilla, porque están vds. en un país donde no es necesario que se derrame sangre para que haya muchos generales. Cuanto mas que en esta tremenda batalla de Pavia no se cruzaron balas, sino palabras, que levantaban roncha, pero no hacian sangre.»

Y dijo Melchor: «Hacednos el favor, si gustais, lego TIRABEQUE, de esplicarnos esa segunda y descomunal batalla de Pavia.

—Habeis de saber, ilustres Reyes Magos, dijo TIRABEQUE, que nosotros tenemos en Cataluña, para servir á vds. y para diversion nuestra y provecho de algunos prógimos, una guerra que bastaria á convencer al hombre mas descreido de que la eternidad es una cosa muy cierta, que para ver la vida perdurable no es menester ir al otro mundo, sino que basta y sobra con ir á Cataluña. Pues, bien, el gobierno mandó allá, para que acabára con unos pocos facciosos que habia, al general don Manuel Pavia, hoy marqués de Novaliches. Al cabo de algun tiempo, viendo que la guerra no se acababa y que la faccion crecia, mandó retirar al marqués de Novaliches, y envió al

marqués del Duero, antes don Manuel de la Concha. Al cabo de otro poco de tiempo, viendo que crecía la facción y que la guerra no se acababa, mandó retirar al marqués del Duero y volvió á enviar otra vez al marqués de Novaliches. Al cabo de otro poco de tiempo, viendo que la guerra no llevaba trazas de concluir, y que la facción llevaba muchas de crecer, mandó retirar de nuevo al marqués de Novaliches, y envió al general Córdova. Al cabo de otro poco de tiempo, viendo que la guerra duraba y que la facción crecía, determinó relevar al general Córdova, mandando de nuevo al marqués del Duero; y aun se ha susurrado que viendo que la guerra no concluye y la facción tampoco, pensaba si relevar ó no al marqués del Duero, y enviar al general Villalonga, hoy marqués del Maestrazgo.

Pues bien, dos de estos generales que no han podido concluir la guerra de Cataluña han venido al senado á pelearse, no sobre quien lo ha hecho peor, señores Reyes Magos, que esta debía ser la cuestión verdadera, sino sobre quien lo ha hecho mejor, ¿lo creerán vds? El que abrió la pelea fué el general Pavia, de quien ha tomado nombre la batalla, el cual dijo que su sistema de guerra había sido el mejor del mundo, y el de los otros generales muy pésimo, y que si no la había concluido no era culpa suya, sino del gobierno que se empeñaba en darle instrucciones contrarias á su magnífico plan, y que el general Córdova había ido á echarlo todo á perder. Y como el hermano Pavia se tomara la libertad de leer allí en público unas cuantas comunicaciones del gobierno, que habían sido confidenciales, se levantó el hermano Narvaez hecho un..... Dios nos libre y nos defienda, y echó á Pavia las de Satan y Alberon (1), diciéndole que su discurso era anárquico y revolucionario, y le echó también el código penal encima de su alma, y le puso hecho un San Lázaro que no había por donde tomarle. Y en seguida se levantó el general ministro de la Guerra, y le dijo que

(1) Las de Datan y Abiron quiso decir Tirabeque.

su plan de campaña habia sido el mas desatinado del mundo, y que si no habia acabado la guerra era por no haber obedecido las instrucciones del gobierno. Y luego se levantó el general Córdova á decir que el plan de Pavia habia sido lo mas desastroso que se puede imaginar, y que el suyo era el mas magnífico que se puede discurrir, y que si no acabó la guerra, fué porque no le dieron lugar y tiempo. Pero Pavia dijo que en prueba de que su plan habia sido el mejor, era que le seguia ahora el general Concha; pero Narvaez contestó que el plan que ahora seguia el general Concha no era el del general Pavía, sino el del general Córdova, y volvió á echar á Pavia otra Filipina que le dejó mas blando que una breva.

—Y bien, preguntó el rey Gaspar; oidas las esplicaciones, ¿cuál de los sistemas os parece que habrá sido el mejor?

—Todos deben haber sido magníficos y mejores, contestó TIRABEQUE. Como que de resultas de ellos la guerra prosigue, con trazas de ser eterna como las penas del infierno. Y en prueba de que todos los planes han sido mejores, baste decir á vds., ilustres Reyes Magos, que nosotros tenemos en Cataluña unos cincuenta mil hombres, y los facciosos son sobre unos cuatro mil, segun nos ha dicho el hermano Narvaez, y no hay medio de acabar con ellos, y la guerra continúa, para lo cual no negarán vds., oh escelentísimos monarcas, que se necesita una habilidad y una estristegia particular, y una mágica que vds. sin duda no conocen.»

Y dijo Melchor: «Verdaderamente que debe haber para eso una mágica oculta que no está á nuestros alcances. Y decidme: ¿qué remate tuvo esa famosa batalla de Pavia?

—Esta batalla, le respondi yo, terminó por la derrota del marqués de Novaliches, antes general Pavia, pues no tuvo mas auxilio en su favor que un comendador viejo, y el general conde de Lucena, antes don Leopoldo O' Donell; mientras á su derrota concurrieron unos cien senadores, y entre ellos un ejército de generales, como el general duque de Valencia, antes don Ramon Maria Narvaez, y el general conde de Yumuri,

antes don Francisco Narvaez, y el general conde de Llobregat, antes don José Manso, y el general duque de Riánsares, antes don Fernando Muñoz, y el general marqués de San Antonio, antes don Miguel Dominguez, y el general conde de Balmaseda, antes don José La Hera, y el general conde de Vergara, antes don Isidro Alaix, y el general conde de Mirasol, y el general Figueras, y el general Cortines y Espinosa, y el general Bellido, y el general Concha (no el marqués del Duero, antes don Manuel de la Concha, sino el general su hermano), y el general baron de Meer, y el general Azpiroz, y el general Villacampa, y el general Córdoba, y el general duque de Castroterreño, y el general Oraa, y el general Sanz, y el general Gallego, y el general Mendez Vigo, y el general marqués de San José, y el general Armero, y el general marqués de Malpica, y el general Chacon, y el general príncipe de Anglona, y el general Montes, y el general Ezpeleta, y el general conde de Campo Alange, y el general duque de Bailen, y el general baron del Solar de Espinosa, y el general conde de Ahumada.....»

Y dijo Melchor: «Parad ahí, Fr. GERUNDIO, por amor del santo pesebre de Belen, que me maréo con tantos generales.

—Pues de poco se maréa vd., señor don Melchor, contestó Tirabeque: esos no son mas que unos pocos que concurrieron á la batalla de Pavia, que si le enseñáramos á vd. el grueso del ejército, entonces si que de seguro se les habia de ir la cabeza á todos vds. antes que acabáramos de contar la tercera parte de los generalés que tenemos.

—Advierto, padre Fr. GERUNDIO, dijo el rey Baltasar, que casi todos los españoles que nos habeis nombrado son condes ó duques ó marqueses, los cuales debian tener antes otros nombres, segun de algunos nos habeis hecho notar.

—Todos precisamente no, le respondí yo Fr. GERUNDIO, pero si volveis por aqui otro año, no pierdo la esperanza de que encontreis la España convertida en títulos. Por de contado, sin salir de la discusion que hemos tenido estos dias, en el Congreso, por ejemplo, al señor don Manuel Cortina, que se ha llama-

do siempre así, le contestó primeramente el marqués de Pidal, antes don Pedro José Pidal; después el conde de San Luis, antes don Luis José Sartorius, y después el marqués de Valdegamas, antes don Juan Donoso Cortés. En el senado, al marqués de Novaliches, antes don Manuel Pavia, le contestó el duque de Valencia, antes don Ramon Maria Narvaez: al señor Cabello, que todavía no ha podido echar más pelo que su propio cabello, le contestó el marqués de Molins, antes don Mariano Roca de Togores. Así para cada nombre propio de los antiguos, hay ya cuatro ó cinco de los postizos y nuevos, lo cual va cada día en aumento como la gracia de Dios.»

Y dijo Melchor: «Compañeros, vámonos cuanto antes de un país donde todos los hombres se van convirtiendo en generales, y en condes y marqueses. No sea que hayamos salido de un Belén, y vengamos á meternos en otro.

—Si, si, dijeron Gaspar y Baltasar, vámonos, que aun nos queda muy largo viage que hacer.»

LA DESPEDIDA Y LOS ENCARGOS.

No alcanzaron nuestras instancias á hacerles variar de resolución. «Siento, señores, les dije, que por tan corto tiempo (pues por el gusto que en ello he tenido me han parecido brevísimos instantes) hayais honrado este modesto albergue: aunque bastante ha sido para que la memoria de vuestra visita quede grabada en mi corazón todo el tiempo que mi vida dure.

—Y yo siento, añadió TIRABEQUE, que no se estén vds. siquiera hasta que el hermano Narvaez dé la amnistía que ha ofrecido (1).

(1) El hermano Narvaez ha cumplido fielmente lo que prometió, y por ello le dá mi reverencia las más cumplidas gracias, pues hoy 15 he tenido el gusto de ver en la Gaceta el decreto de amnistía, mandando que *todas las personas que á consecuencia de las medidas excepcionales se hallen sufriendo detención, ó variación de domicilio, incluso los deportados á Ultramar, sean puestas en completa libertad.* Siento, yo FR. GERUNDIO, no tener hoy tiempo para dar las gracias al gobierno en debida forma, para que viera que lo bueno que hace, soy el primero á aplaudírselo.

—Estamos muy agradecidos, dijo el rey Gaspar, á la afectuosa acogida que nos habeis hecho, y estimamos vuestro sencillo agasajo como el mas suntuoso que nos hubiera ofrecido un príncipe. Y ahora ved si teneis algo que mandarnos para esa Europa que nos proponemos visitar.

—Nada nos ocurre por ahora, contestó PELEGRIN, sino que si piensan vds. ir por Burgos procuren no encontrarse con el Estudiante de Villasur, pues por lo menos los caballos que vds. lleven correrian peligro de hacerse montemolinistas, y no seria extraño que el oro que dejaron vds. de ofrecer en Belen fuera á parar á los pinares de Soria. Pero si van vds. por Cataluña y se tropiezan con Cabrera, hagan vds. el favor de preguntarle cómo mil diablos se las maneja para sostenerse allí, con esos cuatro mil desesperados que manda, teniendo contra sí cincuenta batallones, y unos planes tan magníficos como los de Pavia, Córdoba y Concha. Supongo que vds., como reyes que son, cuidarán de evitar el encontrarse con los republicanos, aunque podrá ser que cuando vds. lleguen ya no los haya, si los ha alcanzado el *anatema* del hermano Cortina. Pero de todos modos, si aun anduviesen por allí y vds. los ven, sírvanse vds. decirles, que los progresistas del Congreso han calificado su alianza con los carlistas de *abominable*, y los del Senado de *abominable*, y á mas á mas de *tonta* (1).

—Supongo, oh Reyes Magos, les dije yo FR. GERUNDIO,

(1) Hé aqui las palabras del señor Cortina, el órgano mas autorizado del partido progresista legal. «Tambien quiero hacer constar otra cosa, y es que los hombres que nos sentamos en estos bancos, no hemos aprobado, ni podríamos aprobar, esa alianza que como diputado califico de *abominable*, entre los carlistas y los hombres liberales. Siempre, constantemente hemos condenado semejante idea, porque seria un oprobio para España, que en una época en que la Europa se conmueve para hacer triunfar su libertad, aqui se aliasen los hombres que siempre se han dicho liberales con los partidarios del absolutismo. ¡Anatema sobre ellos. (Sesion del 5).»

El señor Cabello en el Senado. «Yo rechazo esa coalicion de los partidos extremos, porque no solo la creo *abominable*, sino *tonta*: pues no sé cómo esos estraviados republicanos no han conocido que Cabrera representaria en su dia el papel del leon de la fábula, es decir, que al hacer las partijas del botin, solo les daria á ellos disgustos y sinsabores.» (Sesion del 9).

Pláceme, á mí, FR. GERUNDIO, que tan respetables hermanos y representantes del progreso legal y juicioso, condenen en el Congreso y en el Senado en enero de 849, lo mismo que mi paternidad se adelantó á condenar en setiembre de 848. (REVISTA, tom. II, pág. 247 y siguientes).

que si vais á Francia habeis de ver á Luis Napoleon; en cuyo caso tendreis la bondad de hacerle entender, que si se le ha pasado por el pensamiento hacerse proclamar un dia emperador, será el desatino mas grande que podrá cometer, porque toda monarquia en Francia es ya imposible. Y decidle que lo ha dicho el marqués de Valdegamas, y punto redondo. Y asi se lo hareis entender tambien á su tio Gerónimo, por si piensa en imperio; y á Thiers y Molé, por si piensan en la familia de Orleans; y á Berryer y Falloux, por si piensan en Enrique V. Pero guardáos de los socialistas, porque desde Adan, el primer rebelde, hasta Proudhon, el último impio, son todos de la piel del diablo.

Tambien podeis decir á Napoleon, que si todos los funcionarios de la República son tan económicos como el embajador que tiene en España, no hay peligro de que la República se arruine; pues por lo menos el baile que dió aqui la otra noche fué tan esencialmente republicano y modesto (y no por que no hubiera mucho socialismo), que ni siquiera quiso gravar los fondos de la República con una alfombra del antiguo régimen. Y podeis decir á Marrast que aprenda de Lesseps á no despilfarrarse.

—Si van vds. á Gaeta, les dijo TIRABEQUE, hagan vds. el favor de besar el pié al Santo Padre en mi nombre, y decirle que su última protesta contra la Junta suprema de Roma me ha gustado, y que aguardo otra contra la Constituyente; y díganle vds. al mismo tiempo que en quince dias que se lleva discutiendo la contestacion al discurso del Trono en esta España siempre católica y piadosa, no ha habido un diputado ni un senador que se haya ocupado de la situacion en que el gobierno tiene el culto y clero, lo cual deben tener por cosa insignificante los diputados y senadores de esta España siempre católica y piadosa. Pero díganle vds. tambien, que esperamos cuanto antes una Bula de S. S. mandando restablecer los conventos en España; no por mí, ilustres Reyes Magos, que yo me encuentro bien de lego particular aqui con mi amo, sino por el hermano Mon, ministro de Hacienda, que dice que si en España hay muchos pobres y no puede hacer economías en los gastos, es porque falta la sopa de los conventos, y que esta y no otra es la causa del malestar de la nacion (1).

—Si vais á Roma, les dije yo FR. GERUNDIO, decid á las

cámaras que han hecho bien en retirarse por no aprobar la Constituyente, pero que fuera mejor que lo hubieran hecho un poco antes. Aunque por mi voto, ilustres Reyes Magos (y perdonad el consejo), no iriais por ahora á Roma, porque á estas fechas Roma no debe ser Roma, sino Babilonia.

—En tal caso, dijo TIRABEQUE, mas cuenta tendria á estos señores ir al congreso de Bruselas.

—¿Qué sabes tú de eso, pobre tonto? le respondí yo. ¿A qué han de ir? ¿á encontrarse solos? ¿crees tú que ha de llegar á reunirse tal congreso en Bruselas? En tal caso, tuviérais mas cuenta á estos señores dirigirse á Baden, donde se trata de convocar un congreso de príncipes alemanes para ver á quien se ha de dar esa corona del futuro imperio. Y si acaso le toca á alguno de estos señores ser el agraciado (que siempre seria el señor don Melchor, puesto que es el mas abonado para establecer su despotismo gigantesco, pavoroso y universal, para el cual estén preparadas las vias), le recomiendo para primer ministro al mariscal Radetzky, que tengo para mí que es el ministro mas á propósito para un despotismo negro.

—Y si vd. necesita, señor don Melchor, añadió TIRABEQUE, como es muy natural, un ministro de Hacienda que no se pare en barras, podia sin inconveniente llevarse al que nosotros tenemos, porque un ministro que nos amenaza con *grandes sacrificios* nuevos, y que luego ha dicho que desea convencer al pais de que *no hay exageracion en los presupuestos* (1), paréceme que bien merecia que se le llevára vd. consigo.

—Pero si pensais, añadí yo FR. GERUNDIO, ir á Milan, donde está Radetzky haciendo de las suyas y preparando las vias para el despotismo, no vayais por Turin, porque tiene interceptadas las comunicaciones. Aunque por otro lado me alegraria que fuérais á Turin, y procurarais averiguar de Carlos Alberto, si piensa ó no piensa emprender de nuevo la guerra, porque ya parece tiempo de que se decida atrás ó adelante, y no nos tenga en esta perpetua ansiedad en que estamos, y que al mismo tiempo procureis indagar en qué ánimos está el abate Gioberti, cuya conducta como ministro parece consonar muy poco con su anterior conducta como tribuno.

—Donde quiera que vds. vayan, dijo TIRABEQUE, harán vds. el favor de llevarse un encargo.....

(1) Discurso de Mon en la propia sesion.

—No molestes á estos señores con mas encargos, PELEGRIN.

—Señor, lo que tienen que llevar no es cosa de peso ni que los moleste. Me harán vds. la gracia de llevarse para allá la enmienda que presentó el senador Collado al proyecto de contestacion á la corona, única enmienda que se ha presentado para que se hagan algunas economias en el presupuesto de gastos y algunas reformas en el de ingresos: pues como este señor, despues de defender que era necesario hacer esas economias tuvo á bien retirar la enmienda, ¿para qué la queremos aquí ya? Con esto llevarán vds. una memoria de las enmiendas que podemos esperar de los ministros y de los senadores de España. (1).»

No sé cuanto hubieran durado los encargos, si al ver yo de pié á las tres magestades, y conociendo que los estábamos molestando, no les hubiera dicho: «Id con Dios, señores, que no es justo entretener con mas impertinencias á tan respetables personas. Unicamente desearia saber, si de ello no soy indigno, á dónde llevais intencion de ir.

—¡Dios lo sabe! dijo el rey Gaspar.

—Y el señor Donoso Cortés, añadió TIRABEQUE, que es el que conversa con Dios, y parece que está en sus secretos.

—Guárdeos el cielo, dijeron todos tres; y nos volvieron sus reales espaldas.

—Hasta el año que viene, si vds. gustan, gritó TIRABEQUE: y hagan vds. el favor de escribir alguna cartita de cuando en cuando.»

Asi se despidieron nuestros augustos personajes, quedando nosotros tan sorprendidos de su visita, que hoy es y aun nos parece un sueño. En efecto, yo creo que fué sueño, mas que una visita real y verdadera.

¡SOCORRO, VECINOS, SOCORRO!

No hay que asustarse, hermanos, que no son ladrones: los ladrones deben estar todos camino de Filipinas, segun el ministro de la Gobernacion; aunque yo por mi parte me temo que hayan quedado todavia por acá los mas gordos. Esto fué,

(1) La enmienda del señor Collado decia: «y que se añada: ¡«haciendo en el presupuesto de gastos justas y necesarias economias, y en el de ingresos tiles y prudentes reformas que aumenten sus productos, etc.»

que al dia siguiente de la visita de los Magos, que fué ya el 12, nos dió gana á TIRABEQUE y á mi Reverencia de asistir á la sesion del Senado, sintiendo mucho que aquellos señores no hubieran querido permanecer en España, siquiera hasta que hubiesen podido ver lo que es una discusion grave, sesuda y formalota, en el alto cuerpo legislador, en la cámara de los ancianos, en el senado de los venerables y de los pelucones.

Cuando llegamos nosotros, encontramos, ¡qué cosas tan raras empiezan á verse en el año 49! encontramos al hermano Alcalá Galiano haciendo la oposicion al gobierno. «¿Cómo será esto?» decia yo para mi capilla. Pero no tardó el mismo orador en darme la clave de aquel fenómeno, diciendo: «Cuando de las filas del progreso me pasé á las contrarias, se me presentó como apóstata, y tuve que guardar silencio, pues «estaba cargado de beneficios por aquel gobierno, no como «ahora.» Entonces ya no me quedó duda de que si una vez apostató y calló, fué porque el gobierno le tenia cargado de beneficios, y que si ahora apostataba y hablaba, era porque el gobierno no le cargaba de beneficios como entonces. Admiré la franqueza del apóstata, pero la admiré mas cuando añadió despues, «que si otra vez se convenciera de que los principios del partido progresista eran buenos (no percibi bien si dijo los principios ó los beneficios), haria segunda apostasia, como hizo la primera, y que queria que constara esto.»

—«Ah, buen hijo! exclamó TIRABEQUE; no hizo otro tanto el emperador Galiano, que fué el apóstata de mas bulto que ha tenido la iglesia cristiana; puesto que aquel se contentó con apostatar una vez sola que yo sepa.

—Ese emperador, PELEGRIN, le dije yo, no fué Galiano, sino Juliano.

—Señor, me contestó, perdone vd. la equivocacion, que ya sabe vd. que no soy fuerte en historia; aunque bien podrian llamarse los dos Galianos, ó Julianos los dos, ya que tanto se parecen en los nombres y en otras semejanzas.

Prosignió el orador haciendo algunos cargos al gobierno, y luego dijo: «*rara es mi situacion; rara, rarísima es mi posicion tambien.*» En efecto, *su posicion era rarísima* en lo fisico y en lo moral. La posicion de Galiano no puede menos de ser rara, como quiera que se ponga.

Despues, hablando de la cuestion de Mr. Bulwer, decia: «yo confieso que el ministro inglés faltó á sus deberes; yo creo «que estaba conspirando, que era el agente de un ministerio

«enemigo del partido moderado de España.» Parecióme, á mi FR. GERUNDIO, aventurada la proposicion en un senador: meditando estaba sobre ella en silencio y muy formalmente, cuando me interrumpió TIRABEQUE diciendo:

—«Señor, me alegraré que en cuanto lea esto el hermano Mister Bulwer venga y desafie al hermano Galiano, no porque no crea yo lo mismo que este senador dice, sino por el gusto de ver pelearse al hombre mas feo de Inglaterra con el hombre mas feo de España.»

Hízome reír TIRABEQUE con su ocurrencia, y estaba yo distraído en contestarle, cuando de repente oigo gritar al pobre Galiano: «¡Compañeros, amparadme! ¡Socorro, vecinos, socorro! ¡Defiéndame V. S., señor presidente: V. S. debe amparar á un senador que así se ve insultado!» La primera idea que me asaltó fué si se habria aparecido allí Mr. Bulwer, y le estaria apuntando ya con una pistola al pecho. Pero nada de esto era por fortuna. Era que el hermano Pidal, es decir, el marqués de sí mismo, ministro de Estado, se habia levantado hecho una furia, y estaba poniendo al pobre don Antonio como un guñapo (hablando en términos correspondientes á aquella discusion).

«¿Sabeis, decia el robusto marqués, cuál es la causa de la apostasia de este hombre? ¿Quereis saber por qué se ha separado del partido moderado? Pues es porque el gobierno ha hecho poco caso de él: es porque no se le ha atendido; es porque no se le ha dado el empleo que él queria. ¿Y es el señor Galiano el que tiene la audacia de venir á este sitio á hablar de inmoralidad? Yo le reto á que diga dónde está esa inmoralidad, á que lo pruebe; porque de lo contrario tengo derecho á decir que le desmiento.»

Semejante indirecta, espresada del modo dulce, suave y meloso con que el marqués de Pidal sabe dorar las pildoras, desconcertó al pobre Galiano como si se hubiera visto acometido por un leon ó por una pantera: en vano pedia socorro á la mesa, y á sus vecinos y compañeros; el socorro que halló fué otra embestida del hermano Mon, que acudió á reforzar á su cuñado Pidal, y que acabó de poner al don Antonio como un San Bartolomé. Galiano habia invocado á los Reyes de Egipto, y cayeren sobre él las plagas de Faraon. Allí salieron á relucir los rumores *de plazas y de plazuelas*; allí salió á relucir el robo del Banco de San Fernando, y decia el hermano Mon; «habiendo estado el señor Galiano años enteros al frente

de esa casa, ¿no se le podría decir que habria contribuido á ello con su tolerancia?» Y decia mi paternidad: «y si creéis que á ello ha contribuido, ¿por qué se sienta en los bancos de los senadores, y no en el de los acusados? Y si no creéis que haya contribuido, ¿por qué asi le quitais el pellejo tan desapiadadamente?»

Suspendióse en tal estado aquella pelotera, vulgo sesion. TIRABEQUE y yo salimos, y decíame por el camino PELEGRIN: «Señor, ahora me alegro que se hayan ido los Reyes Magos, porque ¿qué hubiera dicho Melchor, y qué juicio hubieran formado los otros del Senado de los Senadores, si hubieran presenciado las adversidades y flaquezas de estos prógimos, si por prógimos se tienen los que asi se tratan?»

—Cierto PELEGRIN, le dije, que es un espectáculo desconsolador el que acabamos de presenciar, pero confiemos en que los periódicos con su acostumbrada prudencia sabrán presentar esta sesion despojada de toda su parte acrimoniosa, á fin de que el pais no se aperciba de tales miserias, y de los desentonos y arrebatos á que se dejan arrastrar los adultos Senadores.»

Con esta halagüeña esperanza me acosté yo FR. GERUNDIO; mas en la mañana del 13, trájome PELEGRIN al mismo tiempo el chocolate y el *Heraldo*, el primero hecho por TIRABEQUE, y el segundo dirigido por el ministro de la Gobernacion. Sorbia yo y leia alternativamente, como tengo de costumbre, y al primer sorbo me encontré con este parrafito templado y conciliador del periódico mas ministerial y mas moderado. «El ataque *alevoso, pérfido, cobarde*..... que dirigió al ministerio el señor Alcalá Galiano, debe por fuerza inspirarnos un lenguaje duro, ó probar que no tenemos sangre en las venas (1).» Dí el segundo sorbo, y me eché á la vista este párrafo: «El señor Galiano nos dice que está en la oposicion porque el gobierno no le ha dado un empleo. Esta esplicacion es bastante humillante y bastante vergonzosa; pero es una verdad que admite una esplicacion *mas cinica aun* (2), mas humillante que la que S. S. nos ha dado. La verdad es que el gobierno, haciendo justicia á los grandes talentos del señor Galiano, desde que subió al poder pensó en darle

(1) «Ni hiel en nuestro hígado,» podia haber añadido.

(2) Una vez que él mismo llama *cinica* á la esplicacion que va á dar, nada me queda á mí que decir.

«un empleo, y le ofreció el de consejero real.... Pero el empleo de consejero real no tiene mas que 50,000 rs. de sueldo... y el señor Galiano no lo quiso admitir, porque, segun decia, necesitaba á lo menos 60,000 rs. El señor Galiano no quiso regatear con el gobierno por una diferencia de 10,000 rs., y el gobierno creyó que convenia á su dignidad no entrar en semejante polémica.»

¡Pobre Galiano! decia yo; si á mí mismo me está amargando el chocolate con el acibar que destila el *Heraldo* ¿qué será á ti si te dan el *Heraldo* con el chocolate? Pero di el tercer sorbo, que ya me supo mal, y todavía leí este otro párrafo: «La oposicion del señor Galiano representa, pues, y vale 10,000 rs. Si el empleo de consejero real hubiera tenido 10,000 rs. mas de dotacion, el señor Galiano seria hoy «un ministerial furibundo.»

Tan furibundo me pareció á mí el artículo, que, sin irme ni venirme en ello, no tuve valor para tomar mas chocolate. Porque ¿á qué español no le amarga el chocolate, si al tomarlo ve tanta animosidad y tanta saña en ministros y ministeriales, en sesiones públicas y en periódicos? Pues todavía no contento con esto el de la Gobernacion, fue aquel dia al Senado á acabar de rematar la víctima con todo género de punzadas, de tormentos y de martirios, como quien dice: «aquí que no pecco.» Y por si aquello era poco, aun volvió á tomar la cuchilla del sacrificio el hermano Pidal, que quiso tener la gloria de consumir el holocausto del pobre Galiano.

El corolario de todo esto es, que ya se puede librar un moderado de cometer el gran crimen, el crimen infando de hacer la oposicion al *gobierno moderado* en un tilde; porque esté seguro que sufrirá la suerte del *murciélago alevoso* del Maestro Gonzalez, y que no lo hará sin que muy *moderadamente*,

le puncen y le sajen,
 le tundan, le golpéen, le martillen,
 le piquen, le acribillen,
 le dividan, le corten y le rajen,
 le desmiembren, le partan, le degüellen,
 le hiendan, le desuellan,
 le estrujen, le aporreen, le magullen,
 le deshagan, confundan y aturrullen.
